

PSICOANÁLISIS  
Y POESÍA  
ES  
PSICOANÁLISIS

*Freud.*

# EXTENSIÓN

UNIVERSITARIA

## REVISTA DE PSICOANÁLISIS

N.º 129 NOVIEMBRE 2011 125.000 Ejemplares de DIFUSIÓN GRATUITA

### 2011

- 50 años de la primera publicación de Miguel Oscar Menassa, candidato al Premio Nobel de Literatura 2010
- 40 años de la fundación de Grupo Cero
- 30 años de la fundación de la Escuela de Psicoanálisis y Poesía Grupo Cero

### Lea

## esta revista en Internet

[www.extensionuniversitaria.com](http://www.extensionuniversitaria.com)

Desde el N.º 1 (enero 1997)

al N.º 129 (noviembre 2011)

### ESCUELA DE PSICOANÁLISIS Y POESÍA GRUPO CERO



**PROMOCIÓN ESPECIAL PARA  
ESTUDIAR PSICOANÁLISIS  
CURSO 2011-2012**



**UNA PROFESIÓN NECESARIA  
PARA LA PRODUCCIÓN DE  
SALUD**

Estudia psicoanálisis en Madrid,  
formación impartida por la Escuela Grupo Cero  
fundada en 1981

**SEMINARIO SIGMUND FREUD**  
Modalidad presencial semanal:  
Miércoles y jueves, 19:00 h.  
Modalidad on-line: Jueves, 19:00 h.

**SEMINARIO JACQUES LACAN**  
Modalidad presencial y on-line:  
Semanal: Miércoles, 11:00 h.  
Mensual intensivo: Tercer sábado de cada mes,  
de 10:00 h. a 13:00 h. y de 15:00 h. a 17:00 h.

Los padecimientos psíquicos constituyen el problema de salud más extendido, por delante de las enfermedades cardiovasculares y del cáncer. El déficit de profesionales para atender las necesidades de la población es alarmante.

Por otro lado, la formación psicoanalítica es de gran utilidad para abogados, profesores, profesionales sanitarios, arquitectos, consultores, publicistas y, hoy día, para cada uno de nosotros.

La Escuela de Psicoanálisis y Poesía Grupo Cero, abre sus puertas a todos aquellos que quieran introducirse en el pensamiento psicoanalítico, ya sea con la intención de formarse como psicoanalistas o bien para abrir nuevas dimensiones en otras profesiones, y lo hace con una promoción especial para aquellos que se matriculen durante el curso 2011-2012 en estos Seminarios:

**SEMINARIO SIGMUND FREUD**

**SEMINARIO JACQUES LACAN**

Si quiere consultar el programa completo de los seminarios, puede hacerlo en:

<http://www.grupocero.org/EscuelaPsicoanalisis/formacion/semfreud.htm>

<http://www.grupocero.org/EscuelaPsicoanalisis/formacion/semlacan.htm>

Si quiere psicoanalizarse, puede pedir hora con un psicoanalista de la Escuela en el teléfono: 917581940

Si quiere hacerlo on-line puede entrar en:

[http://www.psicoanalisisgrupocero.com/consulta\\_online.html](http://www.psicoanalisisgrupocero.com/consulta_online.html)

**Matrícula anual: 100 euros**

**Mensualidad (12 meses al año): 100 euros**

**BECAS DEL 50% PARA MÉDICOS, PSICÓLOGOS  
Y ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS**

**EXTENSIÓN UNIVERSITARIA: LA REVISTA DE PSICOANÁLISIS DE MAYOR TIRADA DEL MUNDO**

## POESÍA Y PSICOANÁLISIS

Buenos Aires, 1987

Miguel Oscar Menassa

"Cuántas veces he pensado en mi poeta durante estos tiempos vacíos."  
Sigmund Freud, 19-9-39

Agradezco a los responsables del Centro de Investigaciones Psicológicas y Psicoanalíticas del Hospital Borda por haber insistido conmigo, aunque no exactamente en una repetición, ya que esta vez han tenido la galantería de despejar de mi discurso la locura, aunque todos sabemos que ella es capaz de aparecer entre nosotros aunque nadie la haya convocado.

Agradezco por otro lado a los responsables del Grupo Cero Buenos Aires por la elección del momento histórico en el cual fueron capaces de programar mi visita a Buenos Aires. Es decir, que sin locura y sustentado por los sucesos que protagonizó el pueblo argentino en estos días, produciendo un futuro para todos nosotros, tengo la obligación y todos los derechos de que mi palabra vuele hacia ese futuro en libertad.

Poesía y psicoanálisis, una renovada perplejidad ante lo irracional. Una vara de mimbre quebrada por un viento que no fue. Un parece que te encuentro, pero nada.

El primer resultado, por lo menos para Heidegger, fue que el reino de acción de la poesía es el lenguaje. Por lo tanto, la esencia de la poesía debe ser concebida por la esencia del lenguaje. Pero en segundo lugar, nos dice Heidegger, se puso en claro que la poesía, el nombrar que instaura el ser y la esencia de las cosas, no es un decir caprichoso, sino aquel por el que se hace público todo cuanto después hablamos y tratamos en el lenguaje cotidiano. Por lo tanto la poesía no toma el lenguaje como un material ya existente, sino que la poesía misma hace posible el lenguaje. La poesía es el lenguaje primitivo de un pueblo histórico. Al contrario, entonces, es preciso entender la esencia del lenguaje por la esencia de la poesía.

El fundamento de la existencia humana es el diálogo con el propio acontecer del lenguaje (el inconsciente está estructurado como un lenguaje), pero el lenguaje primordial es la poesía como instauración del ser. Algo que sólo será luego, determina cómo tuvo que ser antes.

¡Cuántas veces! me pregunté a mí mismo si era posible el mundo.

¡Cuántas veces! me respondí sonriendo.

¡Cuántas veces! me respondí gritando: mundo altivo y grotesco, te podremos.

En principio, nos aconsejamos tomar distancia de los recuerdos infantiles, conocer el amor, hablar, leer algunos libros, escribir algún verso. Y eso fue todo.

Después, el tiempo nos llevó de la mano, escribiendo, por el camino de la muerte. A los sobrevivientes, más allá de modos y modales, nos otorgó un sexo, una palabra. Somos esas caricias provenientes de las noches más negras. Un incalculable amor en medio del desastre.

Aprendimos rápidamente que sin mencionar a Dios es absolutamente imposible saber de quién es el tiempo. ¿A quién pertenecen las horas?, los recuerdos de las horas pasadas, la ilusión de las horas por venir. ¿A quién las horas del amor?, los vericuetos del tiempo del amor. ¿A quién pertenecen?

Espero saber acogerme sin vergüenza a mi destino. Viví entre ellos, soy un grupo, varias personas, tengo las palabras de todas las clases sociales posibles en este tiempo. Fui todas las enfermedades. Toda la peste y toda la gloria posible. Soy el más indicado para decir, para empezar a juntar lo que la dictadura, en su afán de reproducirse, ha separado.

Pretendemos una página en blanco permanente. Ese ha de ser nuestro lecho de amor y, también, nuestro campo de guerra.

Y para que a nadie, en principio, se le ocurra pensar sobre lo que es, digo: El hombre es escritura. El resto, sin violencia, ganado taciturno esperando morir en alguna quietud.

Escribiendo, robándole esas horas a la vida, así hemos vivido nuestra vida.

Os invitamos a vivir con nosotros en una página entre palabras combinadas por muchos.

La poderosa muerte unida a los vocablos más sutiles.

El cruel espanto, el dolor más extremo, besados por la luz.

El verso más antiguo bordado en tus cabellos.

Entre palabras, por túneles secretos, hacia lo no sabido.

¿Transmitir el psicoanálisis?

¿Amar definitivamente la poesía?

Sólo después sabré, sólo después sabremos

cuando lo irremediable pregunte por sí mismo

cuando la muerte venga anudada en un punto

cuando el baile sonoro de los días detenga su mirada

vendrán de nuestra vida los saberes y, ahí,

ya no seremos éstos, sino lo escrito.

No vengo por nadie en especial, vengo por todos. Hablar y amar fue todo mi pasado. París mi prehistoria, donde Lacan y

hablar estuvieron de moda. Muerto Lacan porque hablar no era suficiente, nadie podrá pasar, soy el que escribe, el que vertiginosamente se adelanta en las sombras.

Llegamos a decir que toda escritura es producto efecto de haber elaborado una lectura, como dos cosas separadas: se elaboraba una lectura y se producía un escrito. Aquí se nos vuelve a plantear que una vez transformado el tiempo en el cual observo los fenómenos, no puedo abandonar el método propuesto. Es decir, no es que leo, elaboro lectura y ahora tengo la escritura, sino que tengo la escritura y en lo que la escritura no me dice por decir, porque ahí donde me dice algo, me oculta una otra cosa, reconstruyo en ese silencio los supuestos, las ausencias y las preguntas.

Se conversa generalmente acerca de la "imposibilidad", de la dificultad de que el propio sujeto que elabora la ciencia o que trabajaba y producía la ciencia, o el ensayo, o la novela, difícilmente podía, también, hablar con exactitud del proceso de producción de esa ciencia o del proceso de producción de la obra de arte. En el caso de la ciencia, la epistemología, en el caso de las artes su poética.

Si esto hubiese quedado separado así para siempre, estarían los artistas estudiando acerca de la poética y los científicos estudiando acerca de la epistemología. Podríamos decir que por el psicoanálisis, en tanto es a partir de la dimensión que cobra Freud en la historia del conocimiento contemporáneo, cobra entonces dimensión la poesía como método de conocimiento.

Ahora se nos complican un poco las cosas.

Si cuando ya he buscado durante 35 años aquello que de la mujer he de decir de su sexualidad, nos dice Freud, "querido lector: pregúnteselo a los poetas". Cuando Freud está pensando esa segunda escena, a la que él llegó por medio de su imaginación y sus representaciones imaginantes, sin las cuales es absolutamente imposible la ciencia, en el único lugar donde se concebía una realidad que todavía no estaba concebida, fue en los versos de los poetas.

¿Con qué leyó el poeta que no leyó ni con el principio de constancia, ni con la filosofía del principio de constancia ni con la concepción de lo latente y lo manifiesto, ni siquiera con la construcción del aparato psíquico en el Proyecto de Psicología?

¿Por qué mecanismos de producción, con qué instrumentos de lectura habrán llegado a imaginar y a representar lo que él había producido con esos instrumentos que el poeta carecía? Todavía está oculto pero ahí en esa pregunta está lo que nosotros decimos, lo que muchos dicen, lo que el poeta Octavio Paz afirma en sus escritos desde hace 20 años, acerca de la poesía como método de conocimiento.

Todo es escritura, o, si ustedes prefieren, la escritura es la poesía y el resto -aun las producciones científicas- es el intento de acceder a ella. O bien, ella genera la pureza del modo en que la escritura conoce, transforma y se materializa, y el resto son sus desviaciones. O bien, podríamos decir, una obra científica para poder hablar de sí misma como una producción, tiene forzosamente que escribir otra obra.



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2610)

Una producción literaria hasta la fecha, una novela o teatro, difícilmente alcanzan en sus páginas -aunque sabemos que muchos escritores lo intentan- una teoría de la novela.

La poética que se le atribuye a la escritura en general y yo particularmente pienso qué poética tiene la poesía y además la considero como método de conocimiento en tanto la lectura que ella produce, la produce en el instante de la escritura. Cuando se trata de la poesía, la lectura es el escrito y es en el escrito que se produce la lectura y la poética.

No necesito escribir ningún libro acerca de la poética de la obra de un poeta, sino que tengo que ir a leer la poética de ese poeta en sus versos. Creo que es la poética de Faulkner (porque salió él y podría haber salido otro) la que influye de alguna manera en el 70% de los novelistas norteamericanos. Es la poética de Faulkner la que aparece distorsionada, deformada, desviada en la novelística contemporánea. No es la narrativa de Pavese, sino su poesía narrativa -que es una cosa bien distinta- la que marca de una manera definitiva, diría yo, la narrativa actual italiana. ¿Cómo poder -como decía Freud- o qué será para nosotros, en aquel decir, ser psicoanalistas cultos?

Según este sesgo por el cual estamos tratando de ir hoy, tan oscuro, a tientas, un psicoanalista culto sería quien pueda leer en la poesía contemporánea las futuras tesis que pongan en cuestión el psicoanálisis y su transformación.

En tanto en ningún otro lugar -diría Freud, yo no me animo a decirlo, lo estoy diciendo por él-, en ningún otro lugar que en la poesía, aquella poesía producida por aquel supuesto método que todavía no sabemos cuál es, pero es el método de la poesía como instrumento de conocimiento, sería el único espacio, el único tiempo donde el psicoanálisis encontrará lo que ya en su práctica produce sin saber. Pero los instrumentos teóricos de los que dispone no pueden leer el fenómeno que ya se ha producido seguramente en la práctica psicoanalítica.

Es decir, que en los consultorios de todos los psicoanalistas, de cualquier psicoanalista joven, mayor, con o sin experiencia, la técnica psicoanalítica que practican actualmente no está en ningún libro.

Así como era precientífico el lugar aquel donde Freud navegaba entre palabras y situaciones vivenciales con sus pacientes y sus colegas, podríamos decir, tomándonos una libertad epistemológica -la epistemología no nos permitiría decir esto- es como nosotros, los que nos ocupamos del psicoanálisis en esta época de su desarrollo, estuviéramos en un pozo como aquél.

No exactamente un momento precientífico pero sí un momento de oscuridad. ¿Por qué digo esto? Digo esto porque en la práctica psicoanalítica están ocurriendo cosas que no están escritas en los libros. ¿Dónde estarán escritas? se hubiese preguntado Freud y se hubiese contestado: en la poesía contemporánea. ¿Y por qué en la poesía contemporánea? ¿Cómo hago para leer en la poesía contemporánea las transformaciones del método psicoanalítico sin que nadie me acuse de loco?

Si se modificó el método, se han modificado las concepciones del amor, los celos, la envidia, la inhibición, las fórmulas de intercambio social, el concepto de sublimación.

Si se ha transformado el método, se han transformado todas las palabras que la poesía se encargaba por nosotros de deslizar, de precisar, alterar, combinar nuevamente.

Preguntarle a la poesía no por el método psicoanalítico, sino ir a preguntarle por aquellos desvíos en el amor que produjo la transformación del método psicoanalítico.

Aquellos desvíos en los celos, en el odio -así como se conocen tan naturales- que ha producido la transformación en la teoría psicoanalítica.

Ahí donde la ciencia -una vez constituida- va generando lo que se suele llamar despectivamente el dogma -la doctrina psicoanalítica en este caso-, que no es ninguna otra cosa que la reducción imaginaria que tiene que sufrir todo científico en el momento del procesamiento de la ciencia.

Es decir, la limitación imaginaria, porque ya no podrá trabajar con el imaginario universal, sino sólo con aquel imaginario que le permitan los límites del objeto que investiga, eso que habitualmente se llama la deformación profesional, no es una deformación, es una transformación imaginaria.

Es aquí donde la poesía adquiere su ventaja sobre la ciencia, en tanto, si para ella también habría un momento -perdón- científico y precientífico ella siempre trabaja con el imaginario universal.

Cuando Freud le ponía la mano sobre la frente a la paciente y le decía: "hable", él tampoco en ese momento tenía el objeto inconsciente pero tenía el imaginario universal. Cuando él se acordaba en medio de una sesión de un poema o indicaba el camino de una interpretación o llevado por una metáfora poética o por el rasgo de un cuadro, estaba claro que Freud no tenía el objeto inconsciente, pero también estaba claro que el imaginario del que imaginaba era más extenso. No tenía los límites del objeto producido.

En el momento donde la ciencia, en los avatares de su inscripción social se dogmatiza, es en el imaginario universal de la poesía donde, si de casualidad la poesía toca ese campo, lo iluminará más allá del dogma de que se trate.



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2311)

Lectura como producción también quiere decir que llevemos las cosas hasta sus últimos extremos, es decir, los extremos posibles. Se dice que la mujer está fuera de la dialéctica del falo y de la dialéctica del valor.

Si esto es así, sería ella Otra del Otro inconsciente y del otro de las relaciones sociales, como habíamos dicho de la escritura.

Habíamos dicho que el hombre navegaba sujeto a leyes que, por otro lado, eran inviolables, en tanto, la violación de estas leyes terminaba con el sistema sobredeterminante y que estas leyes eran la ley instituida por el falo y la ley instituida por el valor. Que únicamente no le pasaba esto cuando era capaz de producir la escritura.

Tanto esto es así que ya estamos todos de acuerdo (todos son algunas escuelas de psicoanálisis y otras escuelas que no son tanto de psicoanálisis) que la escritura adviene en posición femenina, pero nunca nadie quiso saber cuáles eran las consecuencias de esta frase.

Así, cuando se libera la poesía de las leyes que ella infringe por ser modelos ideológicos, ella es un instrumento de conocimiento, ella es una manera diferente de leer los fenómenos que acontecen en el mundo, en el universo. ¿Esto no querrá decir que si se libera a la mujer de lo que ella infringe por ser, es decir, los modelos ideológicos, la dialéctica fálica, ella también sería una nueva concepción del universo, incluyendo en el universo la realidad y lo real?

Entre esta conferencia y la otra, hemos fundado la Primera Internacional de Poesía y Psicoanálisis.

En el poder de fundar, hemos sabido que lo exiliado queda, también, exiliado del hombre. Lo exiliado, por lo tanto, no se puede besar.

Así, nena, que vos me besaste a mí.

Besaste una carne creyendo que besabas un fantasma. Tu vida, me imagino, habrá quedado comprometida en movimientos, más allá de tus pequeños deseos sexuales infantiles.

Besaste en una carne la historia de otros cuerpos. Creyendo que besabas un fantasma, besaste la telaraña de un poema.

En tu delirio, tocaste la cuerda de algún canto.

El horror, el verdadero horror, permanecer escondida en mis versos.

Ser caliente metáfora de metáforas, una parábola que más que indicar un camino lo subvierta. Y soy americano y soy de América. Mi voz es una voz americana.

Mis lujurias, mis locas ambiciones de volar, son americanas.

El tiempo no es el ser, pero el ser no puede ser fuera del tiempo.

Y tiempo es una lengua, una escritura.

Una pequeña verdad queriendo ser la expresión de una polémica contemporánea y futura.

Si lo real verdaderamente psíquico es lo inconsciente, la verdad es el sesgo donde se constata dicha imposibilidad. Y su mostración habrá sido patente en cada signo de puntuación de cualquier escritura.

El método de interpretación psicoanalítico, al darnos las caracte-

terísticas del objeto que lo produce, nos dice: Algo que no está en ningún lugar como tal eso, sino entredicho. Entre palabras. Entre nervios. Entre personas.

En esa inexistencia todo es imposible. Desde un vacío a una plenitud.

En esa invisibilidad cualquier movimiento es silencioso.

En semejante silencio cualquier palabra (aun una palabra tonta) produce una interrupción. Un punto, una desilusión.

El saber suponía saber y ese fracaso, esa sombra rota, es verdad.

Un timbre abierto a la ignorancia, un sentido, entre sujetos del inconsciente, lanzado hacia la nada, hacia lo que no se podrá, hacia lo que no estuvo. No es una pieza clave lo que se busca, la pieza que se busca no existe, principalmente, porque todavía no fue.

La causa en psicoanálisis viene del futuro.

Es decir que la transferencia no es sólo (si acaso lo fuera) la repetición ciega de estructuras pasadas, sino que la transferencia es, sobre todo, el desarrollo de su futura dilución.

Allí donde Ello estuvo (la muerte) yo he de advenir.

Allí donde yo he de advenir estuvo, desde siempre, esperándome la Muerte, Poesía.

No habiendo encontrado, después de intensa búsqueda, el tiempo donde fuera posible decirte algunas palabras fundamentales para que puedas alcanzar en más oportunidades un estado creativo gozoso, he decidido, ya lo ves, que ese tiempo sea el tiempo de la escritura.

El encuadre, estas páginas blancas, donde te iré diciendo del otro tu mensaje, de otros, para otros, hundiéndose en la niebla acústica que producen las palabras y sus esotéricas combinaciones.

En el decir de Freud, haremos el amor seis veces por semana, en principio, porque después vendrán los largos seminarios donde estaremos todo el día juntos y los grandes congresos internacionales donde nos reuniremos con el mar. ¿Te das cuenta? Tú, yo y el mar: como si el mundo fuera esa belleza.

Y volveríamos a nuestra ciudad, a nuestros hogares y, cada vez, seríamos más jóvenes y aun más hermosos y terminaríamos sepultados vivos y ahí lo siniestro, por un millón de palabras en varios idiomas y sus combinaciones perfectamente engarzadas al azar.

Sé, me has dicho, que tus intenciones son alcanzar del corazón su centro.

Urdir en el propio corazón del hombre una maniobra que aunque en ella se rompa el corazón, atestigüe tu presencia en el mundo.

Hablar tiene el encanto de no hacer y ahí tu maldición. Porque no hacer no se consigue con el cuerpo, sino con las palabras.

Tendidos sin mirarnos, porque los ojos son los que ponen colores a la muerte. Sin ojos, no hay posibilidad de engaño: la muerte siempre es negra.

Tu cuerpo muerto, tendido y vacío, sólo forma y belleza, tratando de alcanzar, sin conseguirlo, ese otro cuerpo, también muerto, mi cuerpo, a tu lado, pleno, condenado por tu carencia a poseer lo que te falta.

Inalcanzable cuerpo muerto, por ser tu propia voz su canto.

Voz de tu voz, palabra de tu palabra enredadera atada sin piedad sobre ti.

Ojo fascinador de la serpiente robusta sinrazón de las caricias.

Besos dejados, librados al azar, en el vientre perfumado del alba.

Escribo porque escribo ya lo dije hace años.

no escribo por amores y tampoco amo la belleza.

Escribo porque escribo como la lluvia cuando llueve

o el viento cuando gime, con naturalidad,

como si lo que en mí pasara, pasara desde siglos.

Entregado a un destino que me depara lo mejor, lo más grande, te escribo para que no pienses que riquezas y famas me han separado de ti, oh, diosa de los encantamientos más puros, espejismo todo real.

Y te llamo querida, porque así han de saber que te amo y nadie andará diciendo por ahí que nuestra relación fue vana o que nuestros besos no era lo más puro del amor. Y si hundo mis manos en tu vientre es para definir la situación con mayor claridad. El hombre vuelve a la tierra y en la tierra se consumen miles de historias que no han sido publicadas.

Por eso te escribo, para que la serpiente de la duda anide para siempre en nuestros corazones. Un poema para que nuestros cuerpos sean inmortales en ese silencio del amor, o un gran amor, tal amor, que alguna vez inmortalice algún poema.

Oh, querida, querida, cuántas veces me desmoroné en tus labios. A veces llevado simplemente por las horas del día. Caía sobre vos, amada, desde grandes alturas siempre en el medio preciso de una frase. Sin saber lo que quería decir, aún, pero

intuyendo de sesgo algún final.

Siempre me faltaban palabras, siempre había algo indecible entre nosotros. No era el sexo, sino la historia sangrante y cruel que lo hace cantar. No eran de carne nuestras historias aunque se grabaran sobre nuestro cuerpo.

Cuando envejezca

cuando mi piel se caiga

porque soy incapaz de sostenerla

entonces, mi palabra, levantará la voz.

Agonizando el canto,

se hace más fuerte que viviendo.

Fui sin embargo, un buen fenicio en todo.

No era navegar por navegar, mi oficio.

Mi oficio era tenderme entre los puertos.

Rosa perdida de perfumes rotos,

color de soledad, dejaba en cada puerto,

un infinito brote de locura.

No estoy perdido de amores, sino de tedio.

Ya nadie corre por los peldaños de mi mente como tú.

Ya nadie abre su fuente con alegría y deseo para mí.

Yo ya no veo tus ojos en lo profundo de mis manos.

Navegar por navegar no es mi oficio,

arrancar trozos de la nada y unirlos en conjuro,

ése es mi oficio silencioso y tenaz, como de versos,

mi oficio no se puede aprender, no sabe, es ciego.

Después de aquel encuentro donde le confesé que era ciego, ella llegaba siempre diez minutos tarde y un día me dijo: ¿Vio que siempre llego diez minutos tarde? Es porque no quiero psicoanalizarme más con usted. Mire, le di muchas vueltas al asunto y no lo puedo soportar. Hay algo en su ceguera que yo no puedo tolerar.

Si usted es ciego... quiere decir que cuando yo le digo, por ejemplo: Hoy estoy hermosa, usted no tiene cómo constatarlo y eso, es terrible.

Cuando le digo que estoy fea, usted no puede decirme: Pero no, querida, usted es hermosa. Y sabe por qué no puede. Porque usted nunca me vio, ¡qué terrible!, ¡qué terrible!

A mí el problema, así como lo planteaba ella, nunca se me había ocurrido planteármelo. Así que si la intención de ella era sorprenderme, esta vez lo había conseguido en profundidad. Preferí quedarme callado, esperando sus próximas palabras. Ella no me dijo nada pero lo pensó: mejor me quedo callada y espero a ver qué opina el doctor.

Así nos quedamos en silencio durante diez años.

Cuando ella volvió a hablar fue para decirme entre enojada y feliz: ¡Cómo me engañó, doctor! Usted nunca fue ciego.

Un vuelo de decir sería que así como sin asociación libre no hay posibilidad de interpretación, sin escritura no hay posibilidad de transmisión.

La transmisión del psicoanálisis es un acto inherente a la propia producción del inconsciente.

Terminaré diciendo que todos los caminos que llevan a ROMA, llevan a Roma. Sobre todo cuando el que me mira



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2312)

caminar de mí está en Roma. Sin deseo del psicoanalista no hay psicoanálisis, es tan verdadero como decir: sin psicoanalista, no hay inconsciente. Si alguien no nos convence que estará en Roma esperándonos, aunque no lo esté, no llegaremos nunca a Roma.

Develar a nadie lo que será de nadie.

Un existente de lo que no hay, un imposible pone las piezas en movimiento. Un saber que no será sino bajo la regla de no saberlo. Un poder que sólo sostendrá si rechazo utilizarlo.

Un deseo de ser de la carencia la cintura del alba. Rozar, rozar, sin tocar nunca y sin detenerse frente a cada fracaso, porque es de eso de lo que se hablará en el diálogo de transmisión, EL FRACASO DEL SER EN SERLO. Ya que todo intento será determinado desde la errancia del deseo. Desear deseos, objetos nunca sidos.

Un ojo que no ve sino los restos que le permite su mirada. Una palabra que mira del Otro pasa en mi interior. Lo esencial de mí, y eso es lo que no sé, pasa fuera de mí.

Las piezas que se ponen en juego disparadas por la carencia, son reales, imaginarias y simbólicas, y los discursos posibles hasta este momento de nuestra formación son cuatro: LA MUERTE (el punto, la interpretación). LO SEXUAL (el nada, el desencuentro), la insatisfacción (LA NO). EL ESTADO (la universidad, el capitalismo). Dios (la palabra divina, el amo Absoluto).

Un sujeto supuesto del saber esgrime como bandera su deseo. Un sujeto que supone ese deseo que lo sostiene en su suposición, como saber.

Un saber paradójico que sólo se produce en acto y que al querer determinar como ocurrido se desvanece como tal. ¿La repetición, la transferencia, la pulsión, no son acaso muescas de este fracaso? El ojo no desea sino su propia mirada que lo constituye mirándolo desde el Otro.

Estoy aquí, dice el candidato, porque quiero ser psicoanalista. Y esto inmediatamente, a menos que uno sea indiferente a las cuestiones sociales en desarrollo, plantea una pregunta que, de no contestarla, el candidato (por el simple hecho de haberlo pronunciado) se quedaría sin camino.

¿Quién está cuando estoy?, y ¿dónde estoy cuando estoy aquí? Y si esto fuera poco para mantenerme callado, la frase: quiero ser psicoanalista, puede ser simplemente, no una inversión, pero sí un deslizamiento; quiero psicoanalizarme, ya que usted lo desea.

En esa especularidad: Quiero ser como usted, entero, es su propia imagen lo que se le anticipa como disfraz de la única verdad posible en el diálogo de transmisión. A usted le pasa lo mismo que a mí. Otro nos reúne bajo la faz de no saber. Carencia anterior y futura a todo ser, aun al de la imagen. Así que difícilmente el falo pueda ser imagen de nada y menos del pene. El Falo concepto positivo de lo imposible de la Apertura al campo del Otro, Uno de la carencia, que permite pensar que, justamente, ese otro que no está en el sistema, sino como nunca sido, sea causa.

Quiero decir simplemente que si en la primera entrevista quiere serlo, más adelante querrá tenerlo y luego querrá matarme. Al llegar a Roma no sólo no me encontrará, sino que percibirá sólo de sesgo, porque más allá, aun, sólo se puede gozar o morir, que nadie nunca ha estado en ROMA. Concluido el psicoanálisis, si es que alguna vez concluye, nadie estará en condición de asegurar que se trate de Roma. Y la conclusión no deja de ser bonita: ROMA NO EXISTE, aunque más allá, aun, tal vez, la encontraría.

En cuerpo, en el goce del Otro, en lo Uno del Amor, en la Muerte. Y nadie conseguirá nada. Ya que el Inconsciente Freudiano y, por qué no decirlo, el Inconsciente Lacaniano, aunque sea otro, es Saber no Sabido o Poesía, y aquí, la cuestión. Todo lo otro, aun los matemas o los mate-a-mamá, son los intentos desesperados del símbolo de obturar la carencia, única puerta posible para el deseo. Su causa.

He sabido por tu madre que te gustaría que antes de fin de año rochemos las aristas del espanto.

Quiero decirte que la familia es un hecho concreto tal que sin familia es como una ciudad sin agua. Por eso que seré, te lo prometo, antes del acontecimiento entre nosotros del verbo enamorado, el arrebato perfecto de una mirada: tu madre enamorada, encandilada por tu belleza, enajenada de poder transformarte según su algarabía, en su falta, su hombre, su deseo o, peor todavía, su envidia, su desprecio, su lejanía.

Antes de fin de año, mi pequeña, quiero hacerle saber que ya no volveremos a estar los dos a solas. El tiempo para entonces habrá partido nuestra razón de ser. Un pozo de silencio, el tiempo, entre nosotros.

Mi deseo, arrancándola brutalmente de mis brazos, empobrecidos, ahora, por su ausencia. Aleja su mirada de mi mirada, empobrecida ahora por su lejanía y estrella tu mirada querida, contra lo que no habrá en tu aurora, ni aun, después de los grandes acontecimientos. Contra lo que no podrá ser tu forma, ni aun, después de las más bellas poesías.

Mutilado porque mi cuerpo es otro que tu cuerpo, desprestigiado incluso para tu mirada detenida por el horror de mi ser,

impotente de ser mi cuerpo y mi palabra, mi forma y mi sentido. Tu mirada helada en un rincón del alma para siempre.

Por el horror de mi ser impotente de ser, exactamente, tu imagen deshinchada en el espejo negro de la muerte. En el espejo muerto del negro silencio. En el silencio muerto y negro en el espejo. En el silencioso espejismo negro de la muerte, donde tus caderas comienzan a bailar al ritmo de macumba. Negra de magia, abierta, silenciosa, al sonido espectral de los tambores, delicada y altiva, como una rosa entreabierto puesta en su lugar. Insolente, enamorada de ti misma, y todavía, antes de desear, te abrazas a la muerte para no morir nunca. CONDENADA, tu silencio es negro. Tu silencio es la señal que te quedó en el cuerpo de aquel abrazo con la muerte para no morir nunca, para nunca desear, para nunca ser otra que tu voz.

Y no queriendo llegar muy lejos o por el contrario, quiero decirte, que ponerte a llorar, enfermarte gravemente, o enamorarte de algún desconocido, no te servirá de mucho, a menos que puedas entender que tus resistencias, cuando lo nuestro se trata, simplemente, de una conversación, siempre son exageradas.

Recuerdo que la primera vez que me animé a decirte, rodeado de precauciones, que era bonito conversar contigo, te pusiste a llorar al estilo de las lloronas sicilianas, interrumpiste el encuentro antes de tiempo e intentando pegarme con la cartera en la cabeza (golpe que esquivé con un paso atrás y un directo a la mandíbula) me dijiste con rabia: usted es un desgraciado.

Al otro día volviste encandilada por la posibilidad de poder sentir y expresar esos sentimientos.

Mientras te desnudabas pedías perdón por lo del día anterior y tus manos al borde del silencio me dijiste: Usted es un hijo de puta. No sé por qué se lo digo, pero me hace bien que sufra, sépalo. Soy la peor de todas, tengo sarna. Voy por la vida enarbolando mi fracaso, su fracaso, doctor, ¿se da cuenta? Conmigo no puede nadie, yo soy la flema ardiente del deseo y no sigo adelante porque tengo miedo que usted me aumente los honorarios.

El fin del psicoanálisis es su no fin, y vamos a ver cómo aceptan esto los fanáticos de la carencia. Ser carente, pero tener algún final, aunque más no sea simbólico; una fórmula que reemplace con su imaginaria el conocimiento inconsciente que se sostiene sólo si alguien queda en condiciones de poder interpretar el deseo. No hay nada que nadie le diga a nadie, sino hay lo que las palabras se dicen entre sí.

Poesía y psicoanálisis tienen que ver con esa irregularidad que se produce en el ser de la palabra. Creyendo que dice las palabras, nada sabe que es dicho para el otro, por lo que sus palabras pronunciadas se dicen entre ellas.

No es la simple alienación en el Otro en tanto que habla, no son precisamente las palabras del otro, sino lo que las palabras del otro se dicen entre ellas de mí.

Tanto poeta como psicoanalista tienen como función dejar de ser para que en esa fisura de ser nazca lo Otro. No es una hiancia que recuerde algún misterioso vacío, sino que es apertura al campo del Otro. Y esto no se cierra ni se desvanece. Sólo la muerte o el rechazo de la pulsión como tal, anulando las funciones que lo nombran, es decir, cerrando la boca.



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2317)

SU SALUD DENTAL  
MÁS CERCA QUE NUNCA



Clínica Dental Grupo Cero

CUIDE SU BOCA  
AÚN EN ÉPOCA DE CRISIS

10% descuento  
con Tarjeta Joven y Tercera Edad  
en todos los tratamientos

- Primera visita y revisiones .....gratuitas
- Prótesis completa (superior o inferior) .....400 €
- Empastes .....desde 30 €
- Endodoncias .....desde 75 €
- Coronas o funda .....desde 200 €
- Blanqueamientos .....desde 100 €
- Implante más funda .....desde 850 €

#### ORTODONCIA

Consulta y orientación del caso: *Gratuito*

Descuentos especiales  
en el tratamiento de ortodoncia  
de los familiares de nuestros pacientes

Aceptamos pago con tarjeta

Pida cita en el tlf.: 91 548 01 65  
De Lunes a Sábado de 10 a 14hs y de 16 a 20hs



DESCUBRA LA TRANQUILIDAD  
DE UNA ATENCIÓN PERSONALIZADA  
ADECUADA A SUS NECESIDADES

CALLE DUQUE DE OSUNA, 4, LOCAL 1  
METRO PLAZA DE ESPAÑA  
TEL. 91 548 01 65

[www.miguelmenassa.com](http://www.miguelmenassa.com)

#### STAFF EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

DIRECTOR:

Miguel Oscar Menassa

Secretaria de Redacción: María Chévez  
Tesorero: Carlos Fernández del Ganso  
Responsables de este número:  
Magdalena Salamanca y Manuel Menassa

Correspondencia:

María Chévez (mariachevez@grupocero.org)  
Carlos Fernández (carlos@carlosfernandezdelganso.com)  
Juventud Grupo Cero (grupocerojuventud@gmail.com)

c/ DUQUE DE OSUNA, 4  
28015 MADRID (ESPAÑA).  
Teléfono: 91 758 19 40

c/ MANSILLA, 2686 PB 2 1º Cuerpo  
(14 25) BUENOS AIRES (ARGENTINA).  
Teléfono: 4966-1710/13

[www.grupocero.org](http://www.grupocero.org)  
MADRID: [grupocero@grupocero.org](mailto:grupocero@grupocero.org)  
BUENOS AIRES: [grupocero@fibertel.com.ar](mailto:grupocero@fibertel.com.ar)



## EL COMPLEJO DE EDIPO Y SU RELACIÓN CON LA PERSONALIDAD

I

El estudio de la personalidad nos permite entrever grandes diferencias entre las concepciones que existen de dicha noción, por ejemplo, la psiquiatría, describe y clasifica la personalidad desde sus trastornos, confluyendo todos ellos en una definición que dice; Un trastorno de la personalidad es un patrón permanente e inflexible de experiencia interna y de comportamiento que se aparta acusadamente de las expectativas de la cultura del sujeto, tiene su inicio en la adolescencia o principio de la edad adulta, es estable a lo largo del tiempo y comporta malestar o perjuicios para el sujeto.

Uno de los grandes prejuicios que podemos presentar a un paciente es hacerle creer que lo que le pasa, le sucede desde siempre y que, haga lo que haga, le va a seguir pasando. El psicoanálisis aporta a la rigidez de la psiquiatría un halo de flexibilidad, ya que considera el tiempo psíquico como un tiempo diferente al tiempo cronológico, aristotélico. El psicoanálisis habla de un tiempo que se lee desde el futuro y que, por tanto, no hace depender la vida del sujeto de su pasado. Este aporte que hace Freud a la ciencia que estudia el psiquismo humano, es fundamental para poder trabajar la personalidad como algo a construir, no como algo permanente e inflexible, como leíamos en la definición inicial.

El ser humano desde que nace, por su precoz llegada al mundo, es un ser incapaz por sí mismo de sobrevivir, es decir, que desde su nacimiento el cachorro humano, necesitará de otro humano para poder emprender el viaje de la vida. Este viaje que ha de hacer acompañado, empezará a tomar forma, a pesar de haber nacido años antes, desde lo que llamamos el complejo de Edipo, este complejo, máquina hominizante, guarda relación directa con el desarrollo de la personalidad.

Es considerado como el fenómeno central del desarrollo del niño. Todos los niños están condenados a experimentarlo. Podemos decir que su precoz llegada, está vinculada al Complejo de Edipo, ya que es, a través de él, como se accede a lo denominamos "mundo".

El tema esencial de la leyenda griega del rey Edipo, en la que Edipo mata a su padre y se casa con su madre, actos que realiza sin saber que ambos eran sus padres, es una metáfora de vida que ha de aceptar cada sujeto individualmente. No se trata de representar dichas escenas, sino que han de quedar representadas para cada uno de manera inconsciente, han de ser reprimidas, forjando los cimientos de lo que, en el transcurso del vivir, se construye como psiquismo de cada sujeto.

La descripción de este proceso ha de ser expuesta por separado en el desarrollo del niño y de la niña (en el hombre y en la mujer). La diferencia biológica sexual, entre un hombre y una

mujer, resulta un enigma y el psicoanálisis no se ocupará de ella. En la vida psíquica sólo hallamos reflejos de esa gran polaridad, que se ve dificultada por el hecho de que ningún individuo es en sí mismo varón o hembra puros, sino que siempre concede cierto margen al sexo opuesto.

¿Entonces, dónde quedan los límites de lo que denominamos masculino o femenino? Para poder diferenciar en la vida psíquica lo masculino de lo femenino tomaremos una equivalencia empírica y convencional, es decir, llamamos masculino a todo lo fuerte y activo; femenino, a cuanto es débil y pasivo.

Para llegar a esta diferenciación psíquica el pequeño hombre ha de hacer su recorrido desde que nace. El primer objeto erótico del niño es el pecho materno del que recibe el alimento, el amor se apoya, en primera instancia, sobre la satisfacción de las necesidades nutricias. Más tarde, este amor invadirá por completo a la madre, siendo ésta el primer objeto de amor para el infantil sujeto. No sólo adquiere alimentos de ella, también obtendrá cuidados, algunos de ellos despertarán en él muchas otras sensaciones corporales, tanto placenteras como displacientes. La madre es el primero y más poderoso objeto sexual, como prototipo de todas las vinculaciones amorosas ulteriores, tanto en uno como en el otro sexo.

El pequeño varón (2 ó 3 años) deseará poseerla, utiliza con ella juegos de seducción, a través, incluso, del uso de su miembro viril cuya posesión le produce gran orgullo; en una palabra, su masculinidad, precozmente despierta, lo induce a sustituir ante ella al padre. El padre se convierte en un rival que se pone en su camino y a quien quisiera eliminar.

Para la madre estos juegos de seducción no pasan inadvertidos, se da cuenta de ellos, entonces aparece lo que el niño recibe como una amenaza. La amenaza de despojarle de aquel instrumento de seducción y placer que él ha encontrado en su órgano sexual. La madre delega en el padre la realización de la amenaza, diciéndole al niño que le contará todo al padre, y éste le cortará el miembro.

Si dicha amenaza se ve acompañada del recuerdo del aspecto de un órgano genital femenino, o si poco después llega a ver tal órgano, al cual le falta, la parte más apreciada por él, entonces toma en serio lo que le han dicho y, cayendo bajo la influencia del complejo de castración, sufre el trauma más poderoso de su joven existencia.

Las consecuencias de la amenaza de castración son múltiples e imprevisibles, interviniendo en todas las relaciones del niño con el padre y la madre y, más tarde, con el hombre y la mujer en general.

Podemos decir que el Complejo de Edipo es el fenómeno central del temprano periodo sexual infantil. Pero tan importante como el Complejo de Edipo en sí, es lo que llamamos su disolución, del que hablaremos en el próximo número de Extensión Universitaria.

**Magdalena Salamanca.**

*Psicoanalista*

630 070 253

magdalenasalamanca@gmail.com

www.magdalenasalamanca.com



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2613)



## ENTENDER COMO OBSTÁCULO EPISTEMOLÓGICO



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2509)

Querer entender, pretender comprender cuando leemos o estudiamos un escrito nuevo, o cuando nos iniciamos en el camino de una nueva disciplina, es más un obstáculo epistemológico que una legítima herramienta de lectura.

Se tiene la idea de que si en una clase algo entendemos, ello significa que algo hemos aprendido y que si no entendemos nada, nada hemos aprendido. Pero hacer inteligible un tema o un escrito no tiene que ver necesariamente con su comprensión. Es conocido el caso en el que Einstein se ve en la situación de explicar la teoría de la relatividad a un grupo de estudiantes. Los estudiantes al no comprender sus primeras explicaciones, le piden al maestro que lo haga más sencillamente. Después de varios intentos y simplificaciones, los alumnos dicen por fin "ya entendimos", a lo que Einstein responde: "Bueno, pero esto que habéis entendido ya no es la teoría de la relatividad".

Si el maestro sólo tiene como propósito que sus alumnos entiendan, tendrá que hacer demasiadas concesiones a la ideología, es decir, tendrá que ceder en sus palabras para poder mantener la "buena opinión" de sus alumnos. La ciencia, como dice Bachelard, en La formación del espíritu científico, "tanto en su principio como en su necesidad de coronamiento, se opone en absoluto a la opinión". La opinión, la doxa, no puede pensar lo nuevo, por ser un pensamiento ideológico, es decir, por ser una forma de pensar que se opone a su transformación. Un pensamiento nuevo es aquel que opera una ruptura con las opiniones comunes de la ideología.

De este modo, no podemos estudiar conservando intactos nuestros prejuicios, nuestras ideas acerca de cómo se aprende: pensando que se aprende si previamente entendemos. Y ello porque nuestra opinión es un obstáculo epistemológico. Nuestra opinión, afirma Bachelard, "es el primer obstáculo a superar. No es suficiente", por tanto, "rectificarla en casos particulares, manteniendo un conocimiento vulgar provisorio."

Spinoza da un paso más que Kant, cuando nos dice que al conocer no sólo se transforma el objeto de conocimiento, sino también el sujeto que conoce. No podemos aprender nada nuevo si no nos transformamos en la tarea de aprender. Por ello si la lectura no transforma al lector, podemos decir que no ha habido lectura.

Entender cómo todo trabajo tiene un tiempo, un proceso, es decir, es fruto de una construcción. Comprender, por tanto, no puede ser un punto de partida, sino un lugar al que siempre estamos por llegar. Si es nuestro punto de partida, comprender se convertirá en un obstáculo en nuestra tarea de estudiar o de aprender. Si estudiamos sólo aquello que podemos comprender, sólo podremos aprender cosas conocidas, familiares. Pues en el esfuerzo por comprender nos oponemos a lo nuevo que se nos dice, comparándolo con lo ya conocido; de forma que se pierde la novedad. Ningún nuevo conocimiento, ningún nuevo saber podremos alcanzar de este modo. Podremos  $A = A$ , que es un conocimiento que no añade nada a lo que ya sabemos, pero no  $A = B$ , que siempre nos dice algo nuevo.

La ambición por comprender es también la ambición de cerrar una cuestión, de responder una pregunta, de acabar con la complejidad que se nos plantea. Estudiar, investigar, leer son propuestas de transformación del sujeto que estudia, que lee, que investiga. Por eso es que estudiar no se propone dar por terminado lo complejo, sino que inaugura la serie en la que el sujeto se ha de ir transformando, en la que ha de dejar de ser idéntico a sí mismo, entregándose a nuevos pensamientos.

**Ruy Henríquez**

*Psicoanalista*

618 596 582

ruyhenriquez@hotmail.com

www.ruyhenriquez.com



## EL FETICHISMO

La predisposición a la perversión no es algo raro y especial, sino una parte de la constitución llamada normal.

Sigmund Freud

¿Perversión es las dos cachetadas que le pego a mi amada de las siete y treinta de la mañana para que desee mi muerte o perversión es las 7 y 30 de la mañana?

Miguel Oscar Menassa

Él y Ella se encuentran, pero él no puede si ella no lleva puestas sus bragas rojas, o sus zapatos de tacón de aguja. Sólo es potente en presencia del fetiche: ese objeto sin el cual no hay posibilidad de erección. Se trata de un Goce relativamente fácil de alcanzar, pero de un Goce mezquino, en tanto es un Goce detenido en una única dirección: de esa manera y sólo de esa.

Es el neurótico el que fantasea que el goce perverso es infinito. El perverso, en realidad, tiene un pequeño goce al lado del goce inmenso que el neurótico le supone.

El fetiche cumple en la teoría analítica una función de protección contra la angustia de castración. La angustia de castración está vinculada con la percepción de la ausencia de órgano fálico en la mujer y con la negación de esta ausencia. No puede pasarles desapercibido que, también en este caso, el objeto tiene cierta función de complemento con respecto a algo que se presenta como un agujero, incluso como un abismo en la realidad. Como nos dice Freud, el fetiche es un monumento al falo.

Nunca llegará a la consulta un fetichista con motivo de su perversión. Los adeptos al fetichismo, aunque lo reconocen como anormal, sólo raramente lo consideran como un síntoma patológico. Generalmente están muy conformes con el mismo y aun elogian las ventajas que ofrece a su satisfacción erótica.

Freud nos trae un caso de un joven que había exaltado cierto "brillo sobre la nariz" a la categoría de fetiche. Esta elección quedó explicada por el hecho de que había sido criado primero en Inglaterra, pasando luego a Alemania, donde había olvidado casi por completo su lengua materna. El fetiche, derivado de su más temprana infancia, debía descifrarse en inglés y no en alemán: el Glanz auf der Nase ("brillo sobre la nariz" en alemán) era, en realidad, una "mirada sobre la nariz" (glance = "mirada" en inglés), o sea, que el fetiche era la nariz, a la cual, por otra parte, podía atribuir a su antojo ese brillo particular que los demás no alcanzaban a percibir.

El fetiche aparece como un sustituto del pene, pero no de un pene cualquiera, sino de uno determinado y muy particular, que tuvo gran importancia en los primeros años de la niñez, pero que luego fue perdido. En otros términos: normalmente ese pene hubo de ser abandonado, pero precisamente el fetiche está destinado a preservarlo de la desaparición. Para decirlo con mayor claridad todavía: el fetiche es el sustituto del falo de la mujer (de la madre), en cuya existencia el niño pequeño creyó y al cual no quiere renunciar. Si antes decíamos que el fetiche era un monumento al pene, ahora hemos de decir que lo es al pene que la madre no tiene, es decir, al falo materno.

El sujeto rechaza la castración materna, porque si la acepta "su propio pene corre peligro". En épocas posteriores de su vida, el adulto quizá experimente una similar sensación de pánico cuando cunde el clamor de que "trono y altar están en peligro" (es decir, que todo temor a la pérdida, sea de bienes materiales, el trabajo, la mujer, es temor a la castración).

La manera particular en la que el perverso, en este caso el fetichista niega la castración materna, se denomina "denegación" o "repudiación".

Como estigma de esta operación, se conserva una aversión contra el órgano genital femenino, que no falta en ningún fetichista. La función que cumple el fetiche, es por tanto que subsiste como un emblema del triunfo sobre la amenaza de castración y como salvaguardia contra ésta; además, le evita al fetichista convertirse en homosexual, pues confiere a la mujer precisamente aquel atributo que la torna aceptable como objeto sexual. Además, los demás no reconocen el significado del fetiche y, por consiguiente, tampoco se lo prohíben; le queda fácilmente accesible, y la gratificación sexual que le proporciona es así cómodamente alcanzada.

Cabría esperar que los órganos y los objetos elegidos como sustitutos del falo femenino ausente fuesen aquellos que también en otras circunstancias simbolizan el pene. Es posible que así sea con frecuencia, pero éste no es su factor determinante. Parece más bien que el establecimiento de un fetiche se ajusta a cierto proceso que nos recuerda la abrupta detención de la memoria en las amnesias traumáticas. También en el caso del fetiche el interés se detiene, por así decirlo, en determinado

punto del camino: se conserva como fetiche, por ejemplo, la última impresión percibida antes de la que tuvo carácter siniestro y traumático. Así, el pie o el zapato deben su preferencia -total o parcialmente- como fetiches a la circunstancia de que el niño curioso suele espiar los genitales femeninos desde abajo, desde las piernas hacia arriba, la ropa interior, frecuentemente adoptada como fetiche, reproduce el momento de desvestirse, el último en el cual la mujer podía ser considerada todavía como fálica. Es decir, el fetiche encubre la ausencia de falo en la mujer.

En el fetichismo, el propio sujeto dice encontrar más satisfactorio su objeto, su objeto exclusivo, por cuanto es un objeto inanimado. Así al menos puede estar tranquilo, seguro de que no va a decepcionarle. Que te guste una zapatilla es verdaderamente tener a mano el objeto de tus deseos. Un objeto desprovisto de toda propiedad subjetiva, resulta más seguro.

He aquí pues que el fetiche, nos dice Freud, representa al falo como ausente, el falo simbólico ¿como no ver que hace falta esta especie de inversión inicial para que podamos comprender cosas que de otro modo serían paradójicas? Por ejemplo, el fetichista es siempre el niño, raramente la niña. Si todo residiera en el plano de la deficiencia, o incluso de la inferioridad imaginaria, el fetichismo debería declararse más abiertamente en aquel de los dos sexos que está realmente privado de falo. Pero no es así. El fetichismo es excesivamente raro en la mujer, en su sentido propio e individualizado, encarnado en un objeto tal que podamos considerar que corresponde de forma simbólica al falo como ausente.

Una vez más, vemos como se distingue aquí entre la relación con el objeto de amor y la relación de frustración con el objeto. Se trata de dos relaciones distintas. El amor se transfiere mediante una metáfora al deseo que se prende al objeto como ilusorio, mientras que la constitución del objeto no es metafórica, sino metonímica. Es un punto en la cadena de la historia, allí donde la historia se detiene (recordemos la detención de la mirada antes de descubrir la ausencia de pene en la mujer, de la que antes hablamos). Es signo de que ahí empieza el más allá constituido por el sujeto ¿Por qué? ¿Por qué es ahí donde el sujeto ha de constituir este más allá? ¿Por qué el velo le es al hombre más precioso que la realidad? ¿Por qué el dominio de esta relación ilusoria se convierte en un constituyente esencial, necesario, de su relación con el objeto? Esta es la cuestión planteada por el fetichismo.

**Alejandra Menassa de Lucia.**

Psicoanalista.

Médico Especialista en Medicina Interna

653 903 233

alejandramenassa@live.com

www.alejandramenassa.com



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2314)

## EL SEXO ES DIFÍCIL



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2508)

El sexo es difícil; sí. Pero esa dificultad nos ha sido encomendada, casi todo lo serio es difícil, y todo es serio. Si usted capta esto y, por su propia iniciativa, por su naturaleza y modo de ser, por su experiencia, su infancia y su fuerza, consigue entrar en una relación propia, solamente suya (no influida por los convencionalismos y la moral), con el sexo, entonces ya no tendrá miedo de extraviarse y de ser indigno de su mejor bien.

El placer corporal es una experiencia sensorial, semejante al puro mirar o a la mera sensación con la que un hermoso fruto llena la lengua; es una experiencia grande, infinita, que se nos da, un conocimiento del mundo, la plenitud y esplendor de toda sabiduría. Y lo malo no es que nosotros la recibamos; lo malo es que casi todos derrochan y dilapidan esa experiencia y la ponen como estímulo en los parajes fatigados de su vida, como distracción y no como reconocimiento para llegar a puntos culminantes. Los seres humanos también han convertido la comida en algo distinto: la escasez por un lado, la abundancia por otro, han empañado la transparencia de esa necesidad, e igual de opacas son todas las necesidades profundas y sencillas en las que se renueva la vida. Pero el individuo las puede clarificar para sí mismo y vivir con claridad (y si no puede el individuo demasiado dependiente, sí el solitario). Él puede recordar que siempre, en plantas y animales, la belleza es una silenciosa y duradera forma de amor y de anhelo, y puede ver al animal como ve la planta: uniéndose y multiplicándose y creciendo paciente y dócilmente, ni por placer físico, ni por sufrimiento psíquico, doblegándose ante necesidades más grandes que el placer y el dolor y más poderosas que la voluntad y la resistencia. Oh, que el hombre reciba con más humildad este secreto del que está llena la tierra hasta en sus cosas ínfimas y que lleve, soporte y sienta con más seriedad su horrible dificultad, en lugar de tomarlo a la ligera. Que sea más reverente ante su fertilidad, que sólo es una, ya sea su apariencia corporal o espiritual; pues la producción espiritual también proviene de la producción física, es de su misma naturaleza, se diría que una mera repetición, más suave, más embelesada y eterna, del placer carnal. [...]

Tal vez haya sobre todo ello una gran maternidad, como anhelo común. La belleza de la virgen, un ser "que (como dice usted de manera tan hermosa) aún no ha rendido nada", es la maternidad que se adivina y se prepara, que teme y anhela. Y la belleza de la madre es maternidad como servicio, y en la anciana hay un gran recuerdo. Y también en el hombre, en mi opinión, la maternidad es física y psíquica; su engendrar es también una suerte de alumbramiento, y cuando él crea a partir de su íntima plenitud está dando a luz. Y tal vez sean los sexos más afines de lo que se cree, y la gran renovación del mundo consista quizá en que el hombre y la doncella, liberados de todos los sentimientos engañosos y desagradables, no se busquen como contrarios sino como hermanos y vecinos y se unan como seres humanos, para llevar en común con sencillez, seriedad y paciencia, la pesada carga del sexo que les ha sido impuesta.

**Rainer María Rilke**

[Carta a un joven poeta A Franz Xaver Kappus,

16 de julio de 1903]

## SOBRE LAS RELACIONES DE PAREJA

Viene de Extensión Universitaria n.º 128

-¿Hay alguien de esta casa que no quiere volver a Madrid?  
La pregunta machacaba la cabeza y, también el corazón de Clotilde. Desde la mañana en la conversación con el Profesor, el hombre que vivía con ella desde hacía 30 años, ya comenzó a sentir que la vida se le podía volver a estropear, como cuando se exiliaron jóvenes, hace 22 años.  
El Profesor le había dicho:  
-La loca, propiedad del Master, no quiere volver a Madrid y se corre la bola que vos tampoco, la loca del Profesor como te llaman en la facultad.  
-¿Qué quieren, hacernos vivir otro exilio, ahora que ya tenemos canas hasta en los huevos?  
Clotilde desde el momento que decide junto con su amiga quedarse en Buenos Aires, estaba excitada sexualmente todo el día. Cuando el Profesor la fue a besar para despedirse hasta la noche, ella lo atrajo, le silbó al oído, la paz es para todos, y después de besar el cuello del Profesor varias veces, le pudo decir:  
-¿Si yo me quedo en Buenos Aires, vos me seguirás amando?  
Al Profesor, que se le había comenzado a parar la pija, prefirió decir que sí, que la amaría siempre, hiciera lo que hiciera. Después se desabrochó la braqueta y le ofreció a Clotilde, su sexo endurecido por la emoción.  
Clotilde lo chupó hasta secarlo y antes de que él saliera de la casa, le preguntó:  
-¿Me seguirás amando si yo me quedo a vivir en Buenos Aires?  
-Me la chupaste muy bien, le dijo él, muy bien, me la chupaste muy bien, y le dio un beso en la frente.  
Clotilde se lavó los dientes y escribió en la pared del baño con el lápiz de labios.  
"Otro exilio a los 70 años, pobres hombres".  
Y a partir de ahí Clotilde le dio vueltas a la cosa, toda la mañana, toda la tarde, escribiendo, escribiendo y él ya estaba por llegar a la noche y ella todavía pensaba que a lo mejor esta vez, ella tenía un deseo.  
Quedarse en Buenos Aires, y eso no podía, de ninguna manera compararse con el exilio.  
Antes de que llegara el Profesor, la llamó Zara para recordarle que esa noche era el taller de literatura erótica y quedaran en encontrarse en Montevideo y Corriente, después caminarían juntas, bajando por Corrientes hasta la casa de Evaristo.  
Cuando llegó el Profesor, Clotilde estaba por salir muy bien vestida, con un sombrero rojo.  
El Profesor la besó y hubiera preferido no preguntarle nada, pero le preguntó:  
-¿Adónde vas, tan hermosa?  
Y ella balanceando su cuerpo en lo que decía:  
-Al taller de literatura erótica.  
Y al Profesor se le escapó, pero le dijo:  
-¿Así vestida?  
-¿Qué te pasa? le preguntó Clotilde, ¿estás celoso?  
-Celoso no, caliente, le dijo el Profesor, te puedo esperar.  
-Sí por favor, le dijo Clotilde. Lo besó, le pasó la lengua por toda la cara y le dijo hasta luego.  
Al quedarse solo en la casa, el Profesor se aflojó el nudo de la corbata y se quitó los zapatos, se tiró en la cama y mientras esperaba a Clotilde, llamó por teléfono a Carlina y después de una conversación de tres minutos intrascendente, Carlina le preguntó:  
-¿Desde dónde me habla, Profesor?  
Y él le dijo:  
-Estoy acostado.  
-¿Desnudo? preguntó ella, y el Profesor, que ya comenzaba a ponerse cachondo, le contestó.  
-Casi.  
Ella dejó caer un silencio largo y, entonces el Profesor se animó y le preguntó:  
-Y vos, ¿estás desnuda?  
-Estoy desnuda, con las piernas abiertas y acariciándome mientras hablo con usted, dijo Carlina con voz estremecida.  
Profesor, por favor, tóquese la pija.  
-Carlina, exclamó el Profesor mientras comenzaba a tocarse la pija por encima del pantalón, ¿qué me vas a hacer, nena?  
El Profesor se echaba hasta tres polvos diarios por teléfono y hoy ya Clotilde a las 9 de la mañana le había chupado la pija. Se comportaba como un hombre muy fuerte, aunque su contextura cuadraba más con la de un intelectual delicado.  
Ella tratando de contestar a su pregunta, le dijo:  
-No le voy a hacer nada, Profesor. Me voy a tocar la concha hasta que se me ponga colorada y jugosa como un tomate que usted se comerá.  
El Profesor corta la situación preguntando:



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2315)

-¿Carlina, cuándo vamos a estar juntos en la misma habitación?  
Y ella enseguida:  
-No por favor, Profesor, no estoy preparada para eso.  
No más colgar el teléfono vuelve a sonar, esta vez Clotilde, desde la calle, preguntándole al Profesor si tendría ganas de que el grupo de escritura erótica se hiciera en casa, y sin darle tiempo a contestar nada agregó:  
-En 15 minutos estamos allá.  
-¿Quiénes? atinó a preguntar el Profesor.  
Y Clotilde le dijo:  
-Evaristo, Zara, Josefina, Carlina y yo.  
El Profesor no dijo nada y Clotilde colgó satisfecha.  
El Profesor estaba contento, por fin conocería personalmente a Carlina y si se lo pedía, él también leería un escrito erótico.  
Comenzó leyendo Clotilde. Antes de comenzar a leer los escritos había que explicar qué era lo que se quería contar.  
-Yo quiero relatar, la relación con una mujer más joven y mi marido.  
Los errores quedan olvidados cuando se arriba a alguna verdad.  
Mientras ella se limpiaba, prolijamente, el culo, deslizando suavemente la mano enjabonada de delante para atrás, desde el clítoris hasta la última vértebra, él hablaba en el salón continuo, de vastos territorios que en una fecunda relación de amor había conquistado, y yo me imaginaba como una pija grande invadiendo suavemente sus cálidas cavernas.  
Afuera, otros seres conversando, otras historias, harían de este relato un devenir interminable.  
Vaya noche de tango que tuvimos, aunque la música que bailábamos fuera salsa.  
Ella baila sola montada en su mirada.  
Sexo, pasión, muerte.  
La diosa cae desde su pedestal divino. La sibilandia del cuchillo corta el aire.  
Él vivía y olvidaba. Borracho, decía no importarle nada.  
Otros aún trastabillando lo sostienen con amor; se necesitan muchos para producir la escena. Lentamente va cayendo el telón, las luces del puerto van quedando atrás.  
Los celos y la envidia entre mujeres se desplegaron en toda su luminosidad.  
Él iba a encontrarse con ella. Antes de irse preguntó:  
-¿Cómo estás?  
¿Qué digo (poniendo una mirada provocadora) si me preguntan cómo estás?  
-Muy bien, muy bien, costesté con énfasis a las dos preguntas.  
El día anterior había sido un día particular.  
Aparecían en mi conciencia, flashes de frases, de pieles, de miradas, de temblores, de frases, de pensamientos, de temblores.  
Los tres habíamos tenido un encuentro agradable, tierno, casi infantil, quiero decir, algo del miedo infantil a ser descubiertos,

le confería a la escena un tinte mágico, algo del orden de lo no consumado, algo que tal vez tenga que ver con un placer estético.

Tal vez, lo que estamos haciendo sea un tratamiento contra los celos.

Mi marido llegó a decirme que no podía entender que yo hubiera dicho: "Bueno, tanto escándalo por un polvo", como si fuera algo natural, cotidiano.

-Parece que me pasé, dijo el pobre, interpretándose como artífice del cambio. ¿No habré creado un monstruo?

Y yo le contesté:

-Una mujer tensando hasta el orgasmo, sus cuerdas infinitas.

Abierto como un cántaro fresco  
su amor provoca remolinos de pasiones,  
arde sobre la tierra su sed de siglos.

Luego por la noche conversamos largamente del nosotros, de él, de mí.

Anudo los recuerdos, las anécdotas, las palabras que machacan los recuerdos. Olvido, sólo temporalmente.

Me debato, claudico, me rindo.

Soy esta nueva mujer que vamos descubriendo. Un borde infinito abierto al universo.

Era no querer ver. No ver para evitar el dolor. Dolor de no tener al otro. Como no lo tenía, tuve la ceguera para el gozar.

Ahora vivo comprometida por el desarreglo energético que produce el desarrollo de una trama deseante.

-Nos encontramos esta tarde, me dijo mi marido.

El segundo encuentro se me ocurría más embarazoso que el primero.

Me pareció verla conversando en una cafetería de la esquina de Canning y creo Santa Fe, o tomando por Santa Fe hacia Córdoba.

Es decir, en un día que estaba transcurriendo en una aparente tranquilidad aparece un sobresalto.

No me detuve a averiguar si era ella realmente o la había puesto mi deseo.

Luego pasé por un período de anestesia total de los afectos. Nada me haría perder la compostura.

Pasé los apuntes que tenía dispersos al cuaderno y tomé distancia de la situación.

Pensé: El primer encuentro podría ser atribuido a la casualidad.

Pero el segundo ratificaba el primero y significaba que había un primer acuerdo: Encontrarnos por segunda vez.

No tengo expectativas. Esta noche me dejaré llevar.

(Continuará)

Capítulo VI de la novela "El sexo del amor"  
Autor: Miguel Oscar Menassa



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2507)

## OBSERVACIONES SOBRE EL "AMOR DE TRANSFERENCIA" 1914 (1915)

### [Parte I]

Todo principiante en psicoanálisis teme principalmente las dificultades que han de suscitarle la interpretación de las ocurrencias del paciente y la reproducción de lo reprimido. Pero no tarda en comprobar que tales dificultades significan muy poco en comparación de las que surgen luego en el manejo de la transferencia.

De las diversas situaciones a que da lugar esta fase del análisis, quiero describir aquí una, precisamente delimitada, que merece especial atención, tanto por su frecuencia y su importancia real como por su interés teórico. Me refiero al caso de que una paciente demuestre con signos inequívocos o declare abiertamente haberse enamorado, como otra mortal cualquiera, del médico que está analizándola. Esta situación tiene su lado cómico y su lado serio e incluso penoso, y resulta tan complicada, tan inevitable y tan difícil de resolver, que su discusión viene constituyendo hace mucho tiempo una necesidad vital de la técnica psicoanalítica. Pero, reconociéndolo así, no hemos tenido hasta ahora, absorbidos por otras cuestiones, un espacio libre que poder dedicarle, aunque también ha de tenerse en cuenta que su desarrollo tropieza siempre con el obstáculo que supone la discreción profesional, tan indispensable en la vida como embarazosa para nuestra disciplina. Pero en cuanto la literatura psicoanalítica pertenece también a la vida real, surge aquí una contradicción insoluble. Recientemente he tenido que infringir ya en un trabajo los preceptos de la discreción para indicar cómo precisamente esta situación concomitante a la transferencia hubo de retrasar el desarrollo de la terapia analítica en su primera década.

Para el profano -y en psicoanálisis puede considerarse aún como tales a la inmensa mayoría de los hombres cultos- los sucesos amorosos constituyen una categoría especialísima, un capítulo de nuestra vida que no admite comparación con ninguno de los demás. Así, pues, al saber que la paciente se ha enamorado del médico opinará que sólo caben dos soluciones: o las circunstancias de ambos los permiten contraer una unión legítima y definitiva, cosa poco frecuente, o, lo que es más probable, tienen que separarse y abandonar la labor terapéutica comenzada. Existe, desde luego, una tercera solución, que parece además compatible con la continuación de la cura: la iniciación de unas relaciones amorosas ilegítimas y pasajeras; pero tanto la moral burguesa como la dignidad profesional del médico la hacen imposible. De todos modos, el profano demandará que el analista le presente alguna garantía de la exclusión de este último caso.

Es evidente que el punto de vista del analítico ha de ser completamente distinto.

Supongamos que la situación se desenlaza conforme a la segunda de las soluciones indicadas. El médico y la paciente se separan al hacerse manifiesto el enamoramiento de la primera y la cura queda interrumpida. Pero el estado de la paciente hace necesaria, poco después, una nueva tentativa con otro médico, y resulta que la sujeto acaba también por enamorarse de este segundo médico, e igualmente del tercero, etc. Este hecho, que no dejará de presentarse en algún caso, y en el que vemos uno de los fundamentos de la teoría psicoanalítica, entraña importantes enseñanzas, tanto para el médico como para la enferma.

Para el médico supone una preciosa indicación y una excelente prevención contra una posible transferencia recíproca, pronta a surgir en él. Le demuestra que el enamoramiento de la sujeto depende exclusivamente de la situación psicoanalítica y no puede ser atribuido en modo alguno a sus propios atractivos personales, por lo cual no tiene el menor derecho a evanescerse de aquella "conquista", según se la denominaría fuera del análisis. Y nunca está de más tal advertencia. Para la paciente surge una alternativa: o renuncia definitivamente al tratamiento analítico o ha de aceptar, como algo inevitable, un amor pasajero por el médico que la trate.

No dudo que los familiares de la enferma se decidirán por la primera de estas posibilidades, como el analítico por la segunda. Pero, a mi juicio, es este un caso en el que la decisión no debe ser abandonada a la solicitud cariñosa -y en el fondo celosa y egoísta- de los familiares. El interés de la enferma debe ser el único factor decisivo, pues el cariño de sus familiares no la curará jamás de su neurosis. El analista no necesitará imponerse, pero sí puede afirmarse indispensable para la consecución de ciertos resultados. Aquellos familiares de una paciente que hace suya la actitud de Tolstoi ante este problema pueden conservar tranquilos la posesión imperturbada de su mujer o de su hija, pero tendrán que resignarse a que también ella conserve su neurosis y la consiguiente alteración de su capacidad de amar. En último término, la situación es análoga a la que suscita un trata-

miento ginecológico. El marido o el padre celoso se equivocan además por completo si creen que la paciente escapará al peligro de enamorarse del médico, confiando la curación de su neurosis a un tratamiento distinto del analítico. La única diferencia estará en que su enamoramiento, latente y no analizado, no suministrará jamás aquella contribución a la curación que de él sabría extraer el análisis.

Ha llegado a mí la noticia de que algunos médicos que practican el análisis suelen preparar a las pacientes a la aparición de la transferencia amorosa e incluso las inclinan a fomentarla "para que el análisis progrese". Difícilmente puede imaginarse técnica más desatinada. Con ella sólo consigue el médico arrancar al fenómeno la fuerza probatoria que supone su espontaneidad y crearse obstáculos que luego han de serle muy difíciles de vencer.

En un principio no parece, ciertamente, que el enamoramiento surgido en la transferencia pueda procurarnos nada favorable a la cura. La paciente, incluso la más dúctil hasta entonces, pierde de repente todo interés por la cura y no quiere ya hablar ni oír hablar más que de su amor, para el cual demanda correspondencia. No muestra ya ninguno de los síntomas que antes la aquejaban, o no se ocupa de ellos para nada, y se declara completamente curada. La escena cambia totalmente, como si una súbita realidad hubiese venido a interrumpir el desarrollo de una comedia, como cuando en medio de una representación teatral surge la voz de "fuego". La primera vez que el médico se encuentra ante este fenómeno le es muy difícil no perder de vista la verdadera situación analítica y no incurrir en el error de creer realmente terminado el tratamiento.

Un poco de reflexión basta, sin embargo, para aprehender la situación verdadera. En primer lugar hemos de sospechar que todo aquello que viene a perturbar la cura es una manifestación de la resistencia y, por tanto, ésta tiene que haber participado ampliamente en la aparición de las exigencias amorosas de la paciente. Ya desde mucho tiempo antes veníamos advirtiendo en la sujeto los signos de una transferencia positiva, y pudimos atribuir, desde luego, a esta actitud suya con respecto al médico su docilidad, su aceptación de las explicaciones que le dábamos en el curso del análisis, su excelente comprensión y la claridad de inteligencia que en todo ello demostraba. Pero todo esto ha desaparecido ahora; la paciente aparece absorbida por su enamoramiento, y esta transformación se ha producido precisamente en un momento en el que suponíamos que la sujeto iba a comunicar o a recordar un fragmento especialmente penoso e intensamente reprimido de la historia de su vida. Por tanto, el enamoramiento venía existiendo desde mucho antes; pero ahora comienza a servirse de él la resistencia para coartar la continuación de la cura, apartar de la labor analítica el interés de la paciente y colocar al médico en una posición embarazosa.

Un examen más detenido de la situación nos descubre en ella la influencia de ciertos factores que la complican. Estos factores son, en parte, los concomitantes a todo enamoramiento, pero otros se nos revelan como manifestaciones especiales de la resistencia. Entre los primeros hemos de contar la tendencia de la paciente a comprobar el poder de sus atractivos, su deseo de quebrantar la autoridad del médico, haciéndole descender al puesto de amante, y todas las demás ventajas que trae consigo la satisfacción amorosa. De la resistencia podemos, en cambio, sospechar que haya utilizado la declaración amorosa para poner a prueba al severo analítico, que, de mostrarse propicio a abandonar su papel, habría recibido en el acto una dura lección. Pero, ante todo, experimentamos la impresión de que actúa como un agente provocador, intensificando el enamoramiento y exagerando la disposición a la entrega sexual, para justificar luego, tanto más acentuadamente, la acción de la represión, alegando los peligros de un tal desenfreno. En estas circunstancias meramente accesorias, que pueden muy bien no aparecer en los casos puros, ha visto Alfred Adler el nódulo esencial de todo el proceso.

Pero, ¿cómo ha de comportarse el analítico para no fracasar en esta situación cuando tiene la convicción de que la cura debe ser continuada, a pesar de la transferencia amorosa y a través de la misma?

Me sería muy difícil postular ahora, acogiéndome a la moral generalmente aceptada, que el analista no debe aceptar el amor que le es ofrecido ni corresponder a él, sino, por el contrario, considerar llegado el momento de atribuirse ante la mujer enamorada la representación de la moral, y moverla a renunciar a sus pretensiones amorosas y a proseguir la labor analítica, dominando la parte animal de su personalidad.

Pero no me es posible satisfacer estas esperanzas y tampoco su primera como su segunda parte. La primera no, porque no escribo para la clientela, sino para los médicos, que han de luchar con graves dificultades, y, además, porque en este caso me es posible referir el precepto moral a su origen; esto es, a su educación a un fin. Por esta vez me encuentro, afortunadamente, en una situación en la que puedo sustituir el precepto moral por las conveniencias de la técnica analítica, sin que el resultado sufra modificación alguna.

Todavía he de negarme más resueltamente a satisfacer la

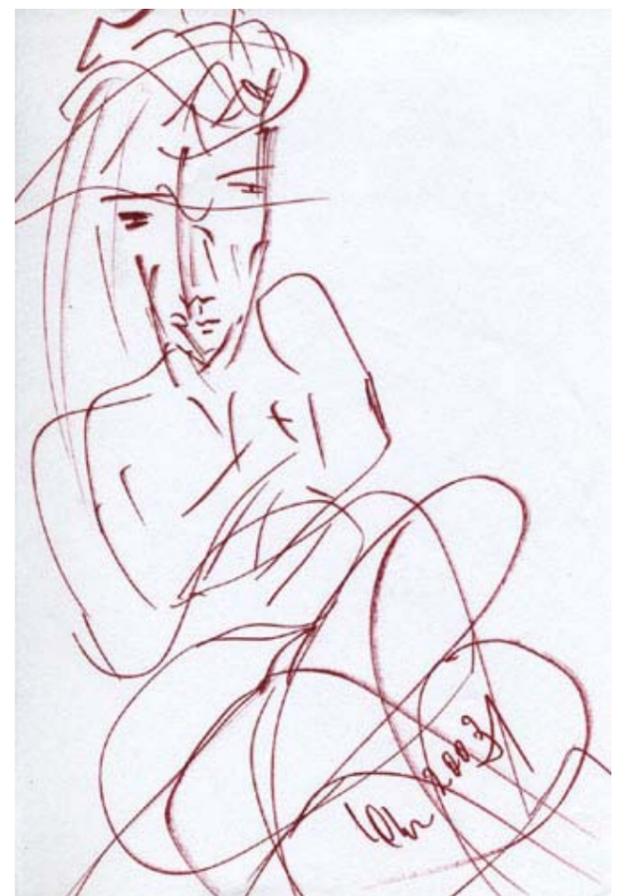
segunda parte de las esperanzas indicadas. Invitar a la paciente a yugular sus instintos, a la renuncia y a la sublimación, en cuanto nos ha confesado su transferencia amorosa, sería un solemne desatino. Equivaldría a conjurar a un espíritu del Averno, haciéndole surgir ante nosotros, y despedirle luego sin interrogarle. Supondría no haber atraído lo reprimido a la conciencia más que para reprimirlo de nuevo, atemorizados. Tampoco podemos hacernos ilusiones sobre el resultado de un tal procedimiento. Contra las pasiones, nada se consigue con razonamientos, por elocuentes que sean. La paciente no verá más que el desprecio, y no dejará de tomar venganza de él.

Tampoco podemos aconsejar un término medio, que quizá alguien consideraría el más prudente, y que consistiría en afirmar a la paciente que correspondemos a sus sentimientos y eludir, al mismo tiempo, toda manifestación física de tal cariño, hasta poder encaminar la relación amorosa por senderos menos peligrosos y hacerla ascender a un nivel superior. Contra esta solución he de objetar que el tratamiento psicoanalítico se funda en una absoluta veracidad, a la cual debe gran parte de su acción educadora y de su valor ético, resultando hartamente peligroso apartarse de tal fundamento. Aquellos que se han asimilado verdaderamente la técnica analítica no pueden ya practicar el arte de engañar, indispensable a otros médicos, y suelen delatarse cuando en algún caso lo intentan con la mejor intención. Además, como exigimos del paciente la más absoluta veracidad, nos jugamos toda nuestra autoridad, exponiéndonos a que él mismo nos sorprenda en falta. Por último, la tentativa de fingir cariño a la paciente no deja de tener sus peligros. Nuestro dominio sobre nosotros mismos no es tan grande que descarte la posibilidad de encontrarnos de pronto con que hemos ido más allá de lo que nos habíamos propuesto. Así, pues, mi opinión es que no debemos apartarnos un punto de la neutralidad que nos procura el vencimiento de la transferencia recíproca.

Ya antes he dejado adivinar que la técnica analítica impone al médico el precepto de negar a la paciente la satisfacción amorosa por ella demandada. La cura debe desarrollarse en la abstinencia. Pero al afirmarlo así, no aludimos tan sólo a la abstinencia física ni tampoco a la abstinencia de todo lo que el paciente puede desear, pues esto no lo soportaría quizá ningún enfermo. Queremos más bien sentar el principio de que debemos dejar subsistir en los enfermos la necesidad y el deseo como fuerzas que han de impulsarle hacia la labor analítica y hacia la modificación de su estado, y guardarnos muy bien de querer amansar con subrogados las exigencias de tales fuerzas. Y, en realidad, lo único que podríamos ofrecer a la enferma serían subrogados, pues mientras no queden vencidas sus represiones, su estado la incapacita para toda satisfacción real.

Concedemos, desde luego, que el principio de que la cura analítica debe desarrollarse en la abstinencia va mucho más allá del caso particular aquí estudiado, y precisa de una discusión más detenida, en la que quedarían fijados los límites de su posibilidad en la práctica. [...]

Sigmund Freud



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2334)